

III. Breve repaso por la Historia de la Educación Cívica

En la obra *Ciudadanía* una breve historia de Derek Heater, el autor realiza un repaso por las diferentes formas en que se ha venido definiendo el concepto de ciudadanía en la tradición occidental. En principio como una cuestión que se ha venido analizando desde la filosofía política, y que ha sufrido transformaciones a partir de los escenarios y contextos socio políticos.

En el capítulo dedicado a la historia de la educación cívica, el autor destaca que muchos teóricos políticos y gobiernos han estado de acuerdo en la necesidad de reforzar, forjar, incluso, los lazos que unen y comprometen al ciudadano, tanto con el Estado como con otros ciudadanos.

En la Antigüedad, los griegos y los romanos tenían sus propias religiones cívicas, en las cuales, inclusive, la educación tenía un determinante componente militar. Maquiavelo y Rousseau están convencidos de la eficacia de estas medidas. Rousseau también abogaba por la utilización de reuniones y espectáculos públicos para fomentar la concordia y fraternidad cívica.

En el siglo XX, los gobiernos totalitarios se ocuparon de aplicar diferentes instrumentos ideológicos entorno a la

ciudadanía, como es el caso del régimen Nazi, Rusia estalinista o la China maoísta, donde el espectáculo público y la educación sirvió como instrumento de poder y adoctrinamiento para modelar la conducta y el pensamiento de los ciudadanos.

La revolución inglesa y americana también despertaron las conciencias en cuanto a la necesidad de recibir una formación cívica. El autor plantea que

“Durante la segunda mitad del siglo XIX, a lo largo de todo el siglo XX, los programas de educación para la ciudadanía eran fundamentalmente de dos tipos: los pensados para moderar las mentes de los estudiantes con una intención política y social y los diseñados para que los estudiantes pensarán por sí mismos acerca de cuestiones sociales y políticas” (Heater, Ciudadanía: Una breve historia, 2007, pág. 235).

El primero de ellos se caracteriza por un modelo de conformidad política, que está en función de la enseñanza de la constitución del Estado y sus características positivas, así como la historia del país, con énfasis en transmitir un sentimiento patriótico. Este modelo entiende a las escuelas como medio para sentar las bases de un sentimiento de unidad e identidad nacionales, y persigue servir de apoyo al *statu quo* social, si bien, dado que los estados no son ni

política ni socialmente estáticos, la educación de la historia de la ciudadanía ha tenido que adaptarse constantemente para acomodar estos cambios.

El segundo modelo de programa educativo aglutina los diferentes modos con los que la profesión docente ha intentado liberar la educación para la ciudadanía de todas estas políticas restrictivas, incluso adoctrinadoras. Durante el siglo XX, y con especial ímpetu desde la década de 1960, los contenidos para la enseñanza de la ciudadanía se extendieron geográficamente más allá del lugar de residencia del alumno y del sistema político de su Estado.

Podríamos decir que el primer modelo tiene una tendencia a establecer patrones de conducta como de transmitir información para la promoción de un determinado modelo de cultura y del ciudadano. Por el contrario, el segundo modelo se enfoca en generar habilidades con una cierta ruptura en contra del adoctrinamiento, sea el caso de la educación para la libertad.

Durante el siglo XX, después de las dos guerras mundiales, la enseñanza sobre la liga de naciones, las naciones unidas y la necesidad de que hubiera paz. Sin olvidar las relativas a los derechos humanos o a los problemas medioambientales en el globo, hicieron que muchos programas de estudio

incluyesen una educación para una ciudadanía mundial, como el caso de los diferentes programas que ha venido proponiendo los organismos multilaterales. En estas teorías e ideas acerca de la ciudadanía mundial, el autor retoma sus orígenes desde la filosofía estoica en la antigüedad, que después tendría un cierto renacimiento en la modernidad e impacto en contemporaneidad.

Estados Unidos, claro ejemplo de conformidad política y cohesión nacional, tal como se aprecia en su respuesta al ideal democrático republicano, y más adelante al proceso de formación de un crisol de emigrantes, respectivamente. Debido a las transferencias de la política educativa de los distintos estados e, incluso en algunos casos, a los distritos escolares, resultaba a veces complicado hacer una descripción detallada de la educación para la ciudadanía en este país.

Mientras tanto, el creciente movimiento por la educación continuaba modernizando, para esta época, los estudios sociales de algunas escuelas, promoviendo el análisis, el razonamiento y la actividad en detrimento del aprendizaje memorístico. La obra de Dewey, en particular su obra *Democracia y Ciudadanía* (1916), ejerció una gran influencia. Sin embargo, en las líneas generales pocas cosas cambiaron: la ineficiencia de la enseñanza de los estudios

sociales generó críticas mordaces y provocó una rápida reforma curricular en los años 70.

Se promovían entonces actividades escolares, como el ritual de saludar a diario la bandera, la participación del alumnado en los consejos escolares y la organización de clubes, algo que ya era manifiesto en los primeros años del siglo xx.

La historia de la educación para la ciudadanía en Estados Unidos y Francia comparte características muy significativas. Ambos países han prestado mucha atención a inculcar entre sus jóvenes el orgullo por las tradiciones democráticas de la república; en Estados Unidos desde aproximadamente 1800, en Francia, desde alrededor de 1880. Ambos países también han tenido que hacer frente al modo en que las escuelas debían integrar a la población emigrante; en el caso estadounidense desde finales del siglo XIX, y en el francés desde finales del siglo xx.

Son relevantes estos datos históricos, puesto que permiten contextualizar, de cierto modo, en el siglo pasado cómo se fue configurando la educación cívica a partir de ciertas ideologías y teorías, como también de contextos-sociopolíticos, que, en efecto, impactan directamente la educación en América Latina.

Cabe mencionar que una lectura desde el pensamiento de Michel Foucault, sobre la educación cívica, plantearía cómo a través de la historia se han establecido discursos a cerca de aquello que el ciudadano y la ciudad deben ser, normalizando conductas, identidades, pensamientos y sentimientos; y por otro lado, a su vez, como el caso del sistema educativo religioso o militar, castigando, reprimiendo o excluyendo todo aquello que no estaba permitido o validado dentro del discurso.

En efecto un programa de educación para la ciudadanía es un dispositivo político, el cual es insertado en una red de sujetos cuyos vínculos se establecen a partir de relaciones de poder, sea el caso entre sujetos, o entre una institución y un grupo de sujetos o poblaciones.